



Cervantes

“Consejos saludables que da a Pedro el Observador un amigo suyo, con varias reflexiones sobre los puntos que ha tratado en las cartas dirigidas desde su obscura habitación al autor, de la *Gaceta Literaria*”

p. 71-80

Roberto Moreno

Linneo en México. Las controversias sobre el sistema binario sexual 1788-1798

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1989

288 + [XIV] p.

[Figuras]

(Historia de la Ciencia y la Tecnología 3)

ISBN 968-36-1599-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de mayo de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/251/linneo_mexico.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CERVANTES

CONSEJOS SALUDABLES QUE DA A PEDRO EL OBSERVADOR UN AMIGO SUYO, CON VARIAS REFLEXIONES SOBRE LOS PUNTOS QUE HA TRATADO EN LAS CARTAS DIRIGIDAS DESDE SU OBS-CURA HABITACIÓN AL AUTOR DE LA GACETA LITERARIA

Querido amigo mío: En cierta conversación que tuve los días pasados con varios sujetos bien instruidos, mejor intencionados y libres de toda preocupación, se dijo que corrían ya impresas las observaciones que vuestra merced había hecho sobre algunas materias científicas del presente siglo. Como yo conozco a vuestra merced de muchos años a esta parte, y sé hasta dónde puede extenderse su caletre, quedé sorprendido con la noticia y dije acá para mi sayo: ¡Válgate Dios por perico! ¡Qué todavía conserve la manía de pretender se le repute por autor! ¡Qué no hayan podido contenerle las sátiras y burlas que fueron el justo premio de sus papelones titulados *Asuntos varios!* ¡Qué no bastasen para retraerle de este imposible las carcajadas con que fue recibida la graciosa invención de ciertos jaboncillos cuya duración fue de un día, y que sólo mereció el desprecio y la anatema del público! ¡Pobre cerebro, inaccesible ya a toda la decantada virtud del eléboro!

Conocieron mi confusión los concurrentes, y uno de ellos sonriéndose a lo zaino y meneando la cabeza en ademán de quien se mofa sacó del bolsillo izquierdo de sus ajustados gregüescos un papel muy arrugado, y poniéndolo en mis manos me dijo: Parece, señor Don Ingenuo (éste es mi nombre) que vuestra merced no quiere creernos sobre nuestra palabra; pues ahí tiene el texto, que es nada menos que la mismísima carta publicada en letra de molde con las licencias necesarias; y aunque le falta un pedazo, basta lo que ha quedado para que vuestra merced se desengañe. Examínela y mañana nos veremos.

Se despidieron todos, porque era ya tarde, y retirándome a mi casa, me puse a leer el despreciable papelón. Lo concluí apretándome la cabeza con ambas manos, y al ver tanta multitud de disparates y de consecuencias mal hiladas, se me exaltó la bilis de modo que pensé sofocarme; bebí dos vasos

de agua fría y tranquilo ya, tomé la pluma para escribir las siguientes verdades, que la bondad de vuestra merced se dignará recibir como efectos precisos de la compasión con que miro sus débiles producciones.

¿Es posible, amigo de mi alma, que siendo tan reducido el caudal de sus talentos se dedique a censurar los manifiestos progresos que deben todas las ciencias y artes a los grandes ingenios que brillan en el orbe literario? ¿Es posible que no sabiendo vuestra merced sino atizar una miserable hornilla, se atreva a declamar contra la nueva nomenclatura química, parto feliz de la continua y seria meditación de sus sabios inventores, admitida por la Real Academia de Ciencias de París como un precioso don, aceptada por los profesores más instruidos de Europa y justamente aplaudida por cuantos comprenden la suma claridad que logrará esta ciencia con la propiedad de la nueva denominación?

¿Es acaso éste el reconocimiento que podían esperar de vuestra merced así aquella ilustre sociedad que le honró generosamente con el glorioso título de individuo suyo, como la del Jardín Botánico de Madrid, que le concedió la gracia de su correspondiente?

Vaya, señor don Pedro, que esto es lo que se llama ingratitud, cuyo solo nombre me horroriza; y lo que más asiento es, que aun los ignorantes se reirán cuando vean, que cubierto vuestra merced con la negra máscara de anónimo, porque no tuvo valor para hablar a cara descubierta, se atreve a criticar asuntos de botánica, no sabiendo distinguir la malva de la ortiga; y a salga lo que saliere se introduce en materias de historia natural etcétera, etcétera, cuyos principios ignora.

Por más que vuestra merced pretenda transformarse firmándose en la primera carta Asistemático y Pedro el Observador en la segunda, ninguno deja de conocer, atendida la uniformidad de las observaciones, que las dos fueron obra de un ingenio, no variando una de otra en estilo, erudición ni en las sutiles ilaciones que se proponen como indisolubles.

Yo también, a no saber el carácter y modo de pensar de vuestra merced hubiera dicho, luego que leí la carta, que todas sus producciones eran hijas del autor de la *Gaceta* literaria. Vuestra merced le ha usurpado los asuntos, robado los pensamientos, y hasta la organización parece que se la ha apropiado; pues ni vuestra merced pudo decir más, ni de aquél se debía esperar menos. Si vuestra merced le hubiera acompañado en aquel utilísimo proyecto de beneficiar el aceite de coco para hacerle servir en muchas artes; si vuestra merced hubiese calculado con él las muchas ventajas que conseguiría el reino en una fábrica de azúcar sacada de las cañas de maíz, omitiendo la cosecha de su fruto, por ser aquella más importante; o si se hubiera



vuestra merced empeñado en publicar tantos interesantes puntos como ha dejado pendientes por impedírselo otros cuidados más serios, ninguno dejaría de agradecerle tan apreciable ocupación; pero escribir de química, citando los Staaes y Boerhaaves, como si los hubiese leído y entendiese; impugnar la nueva nomenclatura de los señores Fourcroy, Bertholet, Lavoisier, y De Morveau, ¿no es un delirio que sólo puede caber en una imaginación descuadrada? Dice vuestra merced que se *enlabinata* el camino seguro para aprender las ciencias, y que la química se nos presenta bajo el aspecto de voces inconocidas.

Deba a vuestra merced nuestro gran diccionario castellano el curioso hallazgo de esta vocecilla, que a la verdad es tan apreciable como todo lo que se forma en su oficina, y viva en el seguro concepto de que su cerebro es el verdadero laberinto en que se confunden las especies de modo que la que entró melón sale pepino o calabaza.

Estoy persuadido a que, si viviera vuestra merced en los tiempos que los Staaes y Boerhaaves expurgaron la química de tanto absurdo como introdujo en ella el misterioso cultivo de los alquimistas, declamaría contra estos grandes hombres en los mismos términos que lo practica con los que hoy existen. No hay para vuestra merced edades ni sujetos; pero hablar sin pruebas no vale en este siglo, y así mientras vuestra merced no pruebe que los autores modernos no han tenido necesidad de formar una nueva nomenclatura para hacerse entender con mayor claridad; mientras no manifieste que han despreciado éstos las verdades químicas de los Staaes y Boerhaaves; que la nomenclatura antigua no necesita de reforma y que es suficiente para explicar con ella los modernos sus nuevos descubrimientos, se tendrán entre los sensatos por vagas y de ningún valor sus exclamaciones.

¿Qué trastorno, ni qué reduplicado trabajo encontrarán en las nuevas definiciones químicas los que se dediquen a su cultivo? El que se halle sólidamente instruido en la teoría antigua no se impondrá con facilidad en las variedades que note en la moderna? Y el que principie ésta de nuevo ¿no encontrará los mismos inconvenientes que en aquélla? ¿Qué dificultad puede hallar un principiante en conocer y llamar con los nuevos nomencladores *ácido sulfúrico* el aceite de vitriolo, conocido hasta hoy con el nombre de *ácido vitriólico reconcentrado*? El *ácido sulfúreo volátil* antiguo, ¿por qué ha de ser más fácil que *ácido sulfuroso* del día? La voz *sulfate* impuesta a las sales formadas de la combinación del primer ácido con cualquiera base, y la de *sulfite* a los resultados del segundo, ¿por qué ha de ser más obscura que *sales vitriólicas*, con que se han denominado

estas substancias?¹ Si vuestra merced se desayunaba con *bigado de azufre* de los antiguos y siente que llamen los modernos *sulfurado* a esta combinación, no se varía el plato sino en el nombre; prosiga vuestra merced comiéndole, pero viva advertido de que es más adecuado este segundo.

Lo mismo pudiera decirse de todas las demás denominaciones en las que no se aumentan términos como vuestra merced pretende; antes bien se disminuyen,² lográndose además la ventaja de excitarse en la idea con el nombre nuevo las partes componentes del cuerpo producido en la unión del disolvente con la base, lo que no se verificaba con la nomenclatura antigua sino en alguna otra substancia. La reimpresión de las célebres obras por que vuestra merced suspira se hará sin la nueva nomenclatura; serán siempre apreciadas de los sabios, y mucho más ilustrándose con ella, como sucedió en el *Curso químico* de Lemerí, añadido con nota del señor Barón; y si a vuestra merced le parecieren desperfeccionadas y confusas con esta circunstancia manténgase con Van Helmont, Helmoncio, y sus coetáneos, que son para vuestra merced los más proporcionados.

Todo lo dicho hasta aquí le es a vuestra merced indiferente, y sólo no puede digerir las voces *oxígeno*, *hidrógeno*, y *azoote*,³ que se han introducido; pero esto depende de la abundancia de gases que circulan por los estrechos conductos de su fantasía; sin embargo no tenga vuestra merced recelo en admitirlos, todos caben en ella por ser cosa de aire; y aunque deberá temer el mundo los calamitosos efectos que pueden resultar de la combinación de sus ideas con estos principios, todo sabe remediarlo un químico instruido. Producirá el oxígeno, mezclándose con sus delicadas percepciones, un ácido más cáustico que el *sulfúrico* con que pretenderá la *disolución* de cuanto se le oponga; mas para esto se le previene a vuestra merced un almacén entero de potasa, que neutralizándolo, todo nos dará un *sulfate literario*.⁴ Si se combina con la referida substancia el *hidrógeno*,

¹ Aunque fueron conocidas por los químicos antiguos algunas combinaciones del ácido sulfuroso con bases diferentes no les impusieron nombres hasta en esta nueva nomenclatura que se les apropió el de *sulfite*.

² Habiéndose demostrado con toda evidencia que las sales conocidas por los antiguos con los nombres de *vitriolo de potasa*, *sal de Duobus*, *tártaro vitriolado*, *arcano duplicado* y *sal policresta de Glaser* no son otra cosa que la combinación del ácido sulfúrico con la potasa han desterrado todas estas voces, sustituyendo la de *sulfate de potasa*, que las comprende todas. Véase pues si se recarga la memoria con nuevas expresiones.

³ Véase la explicación de todas estas voces en la *Nomenclatura química* impresa en Madrid.

⁴ Una dracma de este producto continuada por algunos días puede ser a vuestra merced muy útil para minorar las obstrucciones del cerebro por ser un eficaz aperitivo.



causará un diluvio; pero por la misericordia de Dios tenemos ya el mayor auxilio en la obra del desagüe; y en cuanto al *azoote*, usará vuestra merced de él como quisiere, respecto a que un literato (perdone vuestra merced el testimonio) con gases en la cabeza tiene licencia para todo. Por último, aunque presente vuestra merced en sus producciones la Sierra Nevada se le aplicará la suficiente dosis del *calórico*, con cuyo medio se resolverá en vapores la aparente consistencia de sus argumentos.

Basta ya de química, aunque sobraba asunto para que se escribiesen con él sólo muchos pliegos y paso a contestar a vuestra merced en lo que asienta acerca de los ejercicios botánicos con la misma erudición que acostumbra en cuanto impugna.

Dice vuestra merced en primer lugar haber ignorado que tal función se verificaría en el día 20, y en segundo que es vuestra merced un pobre monigote en la literatura. No me detendré por ahora en disputar si es cierta o falsa la segunda proposición; pero permita vuestra merced le diga que en la primera se equivoca mucho, pues me consta por haberlo oído a persona fidedigna que convidaron a vuestra merced delante de testigos para el día 11, prefijado para la función, por señas que en él, según confesaron éstos, maquinaba vuestra merced conseguir un poderoso alexifármaco en la quinta esencia del tomate, cuya preparación le tenía transportado: y si no llevaron a vuestra merced convite para el 20, en que se celebró, sería por defecto de los repartidores; bien que el mismo motivo que obligó a vuestra merced para no asistir el primer día le retrajo en el segundo, cual fue el temor de no hacer demostrable en aquel distinguido concurso la segunda expresión que no ventilo; pues no es lo mismo confesarlo vuestra merced que conocerlo todos; y a la verdad ¿qué pudiera vuestra merced haber proferido de repente en aquel acto que no lo hubieran rebatido los actuantes, cuando después de treinta días que reflexiona sobre las materias defendidas da pruebas evidentes de no haberse enterado de los puntos que se sostuvieron? Los siete meses de instrucción que tenían los discípulos, equivalen a la que puede adquirir un Asistemático en siete años; y si juzga vuestra merced, como con sobrada razón piensan algunos, que la vida del hombre es corta para aprender con perfección la ciencia, consulte vuestra merced al autor de la *Gaceta* a quien dirigió su carta y sabrá el modo con que se impuso en menos de 48 horas del sistema que los actuantes defendieron.

Bien considero que es irregular la paridad y que no deben compararse las cortas luces de unos tiernos discípulos con el superior talento de un gacetero tan ilustrado; pero concurre la circunstancia de haber dado aquéllos

algunas pruebas de su aprovechamiento en los ejercicios, lo que éste no ha podido hacer hasta hoy ni creo pueda hacerlo jamás siguiendo las máximas que se advierten en sus elocuentes y utilísimos discursos.

Pasa vuestra merced después a copiar con fidelidad un párrafo, y ni aun esto supo cumplir; pues trasladó *inconocidas*, voz muy poco usada, por desconocidas, que se expresó. Extraña vuestra merced se dijese en él que los médicos tienen necesidad de imponerse en los preceptos botánicos para administrar con acierto las plantas que desconocen; pues sepa vuestra merced amigo mío que un profesor de medicina puede desconocer un nuevo vegetal que se le presente, y con la luz del sistema pasará a administrarlo, seguro de que producirá el efecto que desea; por el contrario, otro que ignore los preceptos del arte, y conozca una planta por su nombre no sabrá, si no le informan de sus virtudes, en qué casos ha de usarla. Con lo dicho se destruye la supuesta antinomia o contradicción de voces; pues se demuestra con verdad, que *por falta de semejantes principios se dispensan inútilmente muchas plantas en nuestras oficinas*.

No hay cosa más usada en las boticas que la escorzonera;⁵ sin embargo su sabor y olor advierten al botánico instruido de su ninguna eficacia, lo que se conforma también con la observación de un autor acreditado;⁶ mire vuestra merced si sobra experiencia, y faltan principios.

A ningún profesor se le ocultan las admirables virtudes de la ipecacuana; y siendo planta indígena de las Indias, suspiraban con razón los médicos de Europa por no tener un equivalente en su país. ¿Llegaron a conseguirlo? Sí, amigo: ¿y cómo? Con los preceptos del arte, con los cánones que suministra la ciencia *y que debe saber todo profesor para proceder con seguridad a la administración de las plantas desconocidas*. ¿Y quién sino un botánico instruido en las reglas del sistema hubiera sospechado que se podía sustituir aquel precioso vegetal con la trinitaria,⁷ hierba común en todos los jardines, y que sólo se cultivaba para recreo de la vista? Si yo supiera tanta geometría como vuestra merced diría también ahora *quod erat demonstrandum*; pero lo dejo para mejor ocasión, en que tocando directamente esta materia

⁵ En esta ciudad usan con perjudicial equivocación el cardo corredor o eringio por la legítima escorzonera.

⁶ *Escorzoneram quidem praescribimus, quia irresistibilis Medicorum mos ita vult, cum vero nec odóre, nec sapóre se nobis commendat, et vires valde obscuras (si omnino ullas) edat: ideo respublica medica, ut opinor, non grave damnum sustineret, si ab officinis in posterum penitus ablegaretur*, Fuller. Decot. Variol, p. 40.

⁷ Véanse sus virtudes en la materia médica de Bergio, p. 759, con el nombre de *viola tricolor*.

le pueda decir con fundamento que sabe tanto de ella como de química y botánica.

Tomada materialmente, como vuestra merced lo hace, la pregunta *¿Qué profesor de medicina habrá que ministre una hierba inconocida?* Se puede responder, que la mayor parte, sin agraviar el mérito de los que la ejercen con universal aplauso. Fiados hasta ahora en la instrucción que debe tener un farmacéutico en el conocimiento de los vegetales, procedían a dispensar en sus recetas los que juzgaban oportunos para socorrer a los dolientes; ¿pero se satisfacía a su deseo? Dígalo la *hierba de los cardadores* dispensada en todas las oficinas por *chicoria*; dígalo una especie de *convólvulo* administrado con mucho perjuicio de los enfermos por *hiedra terrestre*; díganlo en fin una especie de *sauce* equivocado con el *tarai*, una *mil en rama* con el *perifollo*, la *sanguisorba* con la *pimpinela*, la corrosiva *morsus ranae* con el *sombrerillo* u *ombligo de Venus*, y otras muchas de propiedades diametralmente opuestas a las que se prescribían, *quod est demonstratum*.

Reprobaron los actuantes las virtudes de las plantas sacadas de la semejanza de sus partes con las del cuerpo humano, como también la falsa suposición del influjo de los astros sobre su virtud medicinal no porque fuese necesario persuadirlo a los profesores del día, sino porque estudian la ciencia desde los principios y desean sacar de ella mejores consecuencias que vuestra merced. Sabían también, por haberlo aprendido en el sistema que defendieron, que *in Scientia naturali principia veritatis observationibus confirmari debent*; así, la adición de vuestra merced que se consulte a la experiencia reiterada es tan importuna como todo el escrito.

Si vuestra merced supiera lo que significa analogía no hubiera proferido un desatino confundiéndola con la identidad; por ser el movimiento de la savia y demás jugos que se encuentran en las plantas un misterio que aún en el día se ignora (insulsa razón que da vuestra merced para negar la analogía), se dice que es un movimiento análogo al de la circulación de la sangre. Oiga vuestra merced como se explica Quintiliano, libro 1, capítulo 6, exponiendo el verdadero sentido de esta voz: *Analogiae vis est, ut id quod dubium est, ad aliquid simile, de quo non quaeritur, referat, ut incerta certis probet*. No puede estar más claro; pero vuestra merced atropellando autoridades y citando a diestro y siniestro como verdadero doctor Índice, quiere enmendar la plana a tanto ilustre físico, sin haber comprendido el valor de la expresión. Añade vuestra merced que no puede ser análoga la circulación de jugos a la de la sangre por no haberse visto hasta ahora vivir un brazo o una pierna separada de su cuerpo; y yo digo

que sabe vuestra merced muy poco si no sabe que el *pólipo* tiene esta propiedad en grado más eminente, pues cortados todos sus brazos y dividido todo su cuerpo en trozos, de cada uno se forma un nuevo y completo individuo. La total interrupción de jugos en las plantas nadie puede creerla sino vuestra merced y la disminución no prueba sino que éstas pueden vivir en ciertas estaciones con menos movimiento, por consiguiente siendo más frívola esta segunda causa que la primera se *encuentra alguna analogía entre el movimiento de la savia y la sangre*, y no es necesario esperar a que el tiempo proporcione observaciones para apoyarla como vuestra merced previene.

Todo lo que en el párrafo séptimo de la segunda carta se dice que saben los agricultores sobre el nutrimento que extraen las plantas del terreno lo saben también, y mucho más, los célebres físicos que en él se citan; y sin embargo asientan no con falsas suposiciones sino con experimentos decisivos que la tierra sólo sirve de punto de apoyo para sostenerlos; pero importa tanto que vuestra merced no lo crea como el que niegue que el movimiento de la savia es análogo al de la circulación.

Convengo con vuestra merced en que un ciego es capaz por solo el olor de distinguir el clavo de la canela, el durazno del membrillo, etcétera; pero de aquí deduce vuestra merced en forma de consecuencia la siguiente pregunta ¿pues cómo se asegura que el olor, sabor y lozanía no sirven para distinguir las diferencias específicas? Porque vuestra merced no ha comprendido la pregunta ni lo que son estas diferencias, quiero explicárselas para excusarle nuevos errores en lo sucesivo.

Lllaman los botánicos carácter natural a la completa descripción que se hace de todas las partes de una planta, y esencial al que expone las notas más sobresalientes; este, pues, carácter esencial es la diferencia específica, la que no puede ser buena tomándose del olor, color, sabor, lozanía y demás accidentes; lo primero por ser muy variable en unas mismas especies, y lo segundo por ser conformes en otras de diverso género. Tampoco pueden ser legítimas extrayéndose de las virtudes; pues en tal caso serían idénticas las que se compusieran de las especies cruciformes por ser todas anties-corbúticas, de las malváceas por ser todas emolientes, y así de los demás órdenes naturales; de lo que claramente se infiere que sólo pueden formarse por aquellas partes que se observan más constantes en las plantas; y siendo éstas las raíces, tallos, hojas, atavíos, etcétera, se deben preferir a las demás.

Por falta de semejantes principios se disputan hasta hoy entre los médicos varias plantas que ministraban los antiguos en ciertas enfermedades. Nadie ignora el crédito que tuvo en la antigüedad el uso del eléboro; ¿pero quién

ha podido determinar con seguridad hasta ahora la especie que se dispensaba? Todos tienen una misma virtud purgante; pero todos constan de hojas diferentes; si se hubiera extraído por ellas la diferencia específica de cada uno ¿qué duda habría en asegurar si fue el verde, el negro, el fétido, el de invierno o el de tres hojas? Ni es esta sola la duda que ha ocasionado la falta de las diferencias específicas, ha sido también motivo para que muchos célebres botánicos incurriesen en el error de tener por plantas de un género las que eran de otros muy distintos, como es fácil probar en el mismo eléboro confundido con la *astrantia*, *adonis*, *trollius* y *veratrum*.

¿Por qué pues, había de parecer extraño a ningún juicioso el que defendiesen los actuantes no poderse arreglar las diferencias específicas de las plantas por sus virtudes, luego que advirtiesen los inconvenientes que resultaban en la práctica? No se cansen vuestra merced señor don Pedro, no es vuestra merced para botánico, menos para químico y mucho menos para escritor público. Vuestra merced no encuentra diferencia entre la organización del melón y la coloquintida, teniendo aquél sus hojas con ángulos arredondados y ésta con muchas y muy profundas recortaduras; mire vuestra merced qué señas de botánico. Cree igualmente vuestra merced que las plantas amargas lo son a causa del tártaro vitriolado que contienen, las frescas por el nitro y las agrias por el tártaro: ¡Qué pruebas tan evidentes de buen químico! La tercera circunstancia no necesita de demostración y quedará convencido cualquiera que registre con atención su erudito papel; no obstante es menester advertir, en confirmación de esto último, para cuantos no hayan leído el *Curso elemental de botánica* que en toda la página 134 no se nombran las diferencias específicas, y que aunque es cierto lo que se asienta de los hongos respecto a éstas en la página 133 es muy falsa la consecuencia que se infiere, pues si se conocieran las diferencias esenciales de ellos, no hubiera dicho su autor el doctor don Casimiro Gómez Ortega que sería peligrosa su comida hasta que se descubriesen. No permita Dios que encuentre vuestra merced, si es amigo de hongos, con algunos que le causen el menor disgusto, para lo que será bueno aprenda a conocerlos, supuesto que ya sabe lo que son diferencias específicas.

Es falso lo que se afirma de Diocleciano, a quien nadie hasta ahora ha tratado de botánico y sólo se apuntó que su afición a los vegetales hizo que dejase por ellos la diadema. Cuando se dijo que la botánica no se había cultivado en Nueva España, se hablaba de la botánica metódica, pues la medicinal hasta los irracionales han sabido aprovecharse de ella. ¿Qué mucho [que] conociesen los antiguos mexicanos las virtudes de algunas



plantas, siendo de superior naturaleza? Pero es menester confesar que su conocimiento empírico no podía transferirse a otras naciones porque sin embargo de la exposición que hizo de todas ellas el Plinio americano se duda aun entre los botánicos de Europa a qué especies deban referirse.

A las mil y doscientas plantas medicinales que dice vuestra merced haber reconocido el doctor Hernández se deben rebajar más de setecientas, supuesto que no llegan a quinientas las que expuso con virtudes, muchas de las cuales tiene el mismo Hernández por absurdas, y otras no le constaron por experiencia propia sino por relaciones que le remitieron, en lo que puede haber alguna exageración. Si hubiera vuestra merced leído completamente sus obras advertiría que aunque en el prefacio se dice que las plantas dibujadas fueron mil y doscientas, no llegaron a quinientas las medicinales; pero en este error es preciso incurra frecuentemente quien sólo registra los índices y prólogos.

Quédese vuestra merced con Dios, que le conserve en su santa gracia y le libre de empresas que exceden a su talento para no poner en descrubrimiento el mérito que se había adquirido antes de publicar alguna observación contra las obras de los primeros sabios del siglo. Créame vuestra merced señor don Pedro, y mande a su amigo que le estima. El Ingenuo.

[Fuente: Suplemento a la *Gaceta de México*, del martes
3 de febrero de 1789]